

ra, que no puede volver a Buenos Aires porque ha recibido la amenaza de la AAA; el compositor Horacio Guarini, con un grupo de intelectuales y artistas, han salido también del país; después de su padre, Adriana Puigros —decana de Filosofía y Letras— ha recibido la carta de amenaza y

se ha marchado también. Un detalle curioso: ninguna de las víctimas ni de las personas amenazadas por la Alianza Anticomunista era comunista.

NOTA: Las citas de frases o discursos están traducidas de lenguas extranjeras y pueden no corresponder a la exacta expresión en castellano.

GRECIA

Hacia el «golpe de estado electoral»

Las elecciones generales griegas se celebrarán el 17 de noviembre: las perentorias reclamaciones de la oposición para que se aplazasen no han tenido más que un eco burlón en Caramanlis al retrasarlas solamente una semana con respecto a la fecha prevista inicialmente, que era la del 10 de noviembre. Poco después se celebrará un referéndum (su fecha habrá de fijarse antes del 2 de enero) sobre el posible regreso del Rey Constantino, o la alternativa de que Grecia continúe siendo una república. Según las encuestas de opinión pública, en estos momentos el Rey no alcanzaría en el referéndum más de un 20 por 100 de los votos (probablemente un 15 por 100); pero ha comenzado ya una campaña monárquica de vastas proporciones que está favorecida por Caramanlis para popularizar la figura de Constantino.

Para el centro-izquierda y la izquierda, la convocatoria rápida de las elecciones constituye un «golpe de estado electoral» cuidadosamente preparado por Caramanlis desde el poder. Se le acusa de mantener en vigor el viejo sistema electoral de 1958, favorable a la derecha: en 1958, las derechas obtuvieron con este sistema el 57 por 100 de los escaños en el Parlamento con sólo el 41 por 100 de los votos. Se le acusa de disponer para su propia campaña y para la de su movimiento político, Democracia Nueva —que Caramanlis anuncia como «por encima de la derecha, de la izquierda y del centro»: es decir, como un movimiento y no como un partido, en el que se subsumen diversas fuerzas de derecha— de la radio y de la televisión del estado, a la que no tienen acceso las otras fuerzas políticas. Se le acusa también de haber creado un nuevo caciquismo en los medios rurales: ante el golpe de estado, las pequeñas comunidades estaban regidas por elección popular, y los electos eran generalmente del centro o de la izquierda; la dictadura los sustituyó por jóvenes oficiales y se esperaba que al caer la Junta, Caramanlis restituyera a sus pue-

tos a los antiguos elegidos, o que convocara elecciones municipales para designar a los nuevos. Sin embargo, se ha limitado a sustituir a los oficiales por jueces o por funcionarios del Ministerio del Interior que modelaran a su gusto el escrutinio en las elecciones generales. Se le acusa también de mantener en sus puestos, con excepciones muy escasas, a los dictadores de la anterior situación. De hecho, el jefe del estado, el presidente de la República, es el mismo General Gizikis que presidió los últimos meses de la dictadura.

Sobre la imagen del «nuevo Caramanlis», que se ha querido hacer por él mismo y sus seguidores (un hombre renovado por el exilio, un hombre que ha aprendido mucho del General De Gaulle y de la democracia francesa), vuelve a aparecer la del antiguo Gizikis: el hombre que era primer ministro y movilizó la policía y el ejército para intimidar a las gentes en las elecciones de 1961; el eterno manipulador de los escrutinios; el primer ministro que en 1963 encubrió el asesinato del diputado Lambrakis y evitó que se persiguiese a sus asesinos... Quizá la única oposición seria que pueda encontrar ahora Caramanlis es la de las «nuevas fuerzas políticas»: otra derecha, llamada social-democracia, que dirige Canellopoulos. Y la izquierda y el centro no descartan la posibilidad de que Canellopoulos termine asociándose al movimiento de Caramanlis.

La izquierda ofrece una imagen pobre. Si la mayoría del país parece en este momento inclinada hacia la izquierda, los partidos políticos están divididos entre sí. Los dos partidos comunistas presentarán un frente único, pero distinto de la agrupación de la izquierda de Papandreu, aunque de aquí a las elecciones pueden resultar unidos: la propaganda de la derecha presenta a Papandreu como un Allende de Grecia, aunque él mismo prefiera presentarse como un Mitterrand. Los grupúsculos revolucionarios van por su cuenta, y las izquierdas más moderadas prefieren adherirse al centro.

Los Contem porá neos

Se van a cumplir pronto los doscientos cincuenta años del momento en que Jonathan Swift puso el punto final a una obra que sería famosa: "Los viajes de Gulliver". Jonathan Swift: un hombrecillo extraño. Un caballero pobre, irlandés —por lo tanto, dos veces

GULLIVER, EN TRIBNIA

pobre—, que se hizo eclesiástico y escritor: veía el mundo como una gran catástrofe, a consecuencia de "este animal llamado hombre" que forma "la raza más perniciosa de pequeños bichos que la Naturaleza haya puesto a reptar sobre la Tierra". Gritaba a la sociedad: "¿Cómo se devora vuestra carne, cómo no agota vuestros espíritus la contemplación de tanta villanía y de tanta corrupción?". Swift contemplaba, atónito, el nacimiento de la gran Inglaterra clásica. Había nacido bajo Carlos II, iba a morir cuando, tras la decadencia de Walpole, apuntaba el nuevo poder de William Pitt. "Muero de rabia", serían sus últimas palabras.

A Swift le pasó una extraña aventura literaria, repetida en algunos de sus conciudadanos: creyó que escribía verdadera dinamita, y su libro fue destinado a los niños. Le pasaría a Daniel Defoe con su "Robinson...". En cambio, siglo más tarde, Lewis Carroll escribiría un libro para niños, "Alicia", que se iba a convertir en lectura predilecta de adultos, especialmente de adultos un poco retorcidos. O, como se dice, sofisticados.

Recordar a Swift en el aniversario de su obra famosa tiene una incitación: releerlo. Se encuentran párrafos interesantísimos, más allá de las metáforas del hombre grande encadenado por los enanos, y todo lo demás. Por ejemplo, éste: "... en el reino de Tribnia, que las gentes del país llaman Langden, donde residí algún tiempo, la masa del pueblo está formada por delatores, testigos, confidentes, acusa-

dores, que son ayudados por superiores y por subalternos a sueldo de los ministros de Estado y de los diputados. En este reino, los complots son frecuentemente obra de aquellos que desean elevarse en la escena política, dar vigor nuevo a una Administración caduca,

llenarse los bolsillos, dirigir la opinión pública en el sentido de su ventaja personal. Se sabe de antemano qué personas serán acusadas de complots; se cuida de apoderarse de sus cartas y todos sus documentos; después se encarcela a los culpables. Esas cartas y esos papeles serán descifrados por gentes extraordinariamente hábiles que descubren el sentido misterioso de las palabras, de las sílabas y hasta de las simples letras. Comprenden, por ejemplo, que un grupo de ocas significa el Senado; un perro cojo, una invasión; la peste, un Ejército que se levanta; un pajarco, el primer ministro; la gota, un prelado; el patíbulo, un secretario de Estado; un colador, una gran dama de la Corte; una escoba, una revolución; una ratonera, un cargo oficial; un pozo sin fondo, el Tesoro; un junco roto, la Corte de Justicia; un tonel vacío, un general; una herida abierta, la Administración...".

Este párrafo de "Los viajes" (libro tercero, capítulo sexto) tiene una curiosa historia: fue inscrito en el Boletín del Senado de los Estados Unidos el 13 de septiembre de 1954. Lo pidió así, y fue aceptado, el senador Fullbright, que ahora se ha retirado del Senado y recibe un cargo de embajador de la administración Ford. Era la época de la "caza de brujas", del senador McCarthy, y el senador Fullbright fue uno de los pocos que se enfrentaron a ella y sobrevivió en su cargo. Lo que Swift escribía acerca de la Inglaterra del siglo XVIII seguía siendo útil en los Estados Unidos de 1954. ■

POZUELO